

Memoria para Emir

Eduardo Milán

El 1 de diciembre Roberto Appratto me dijo en un *e-mail*: “Hoy hace 45 años que dimos la conferencia en la Alianza Francesa de Montevideo”. La conferencia se llamaba “Borges, Huidobro, Gironde y Paz a la luz de la Teoría de la Poesía Concreta brasileña”. Empiezo así porque leí a Emir Rodríguez Monegal por sugerencia de Haroldo de Campos. Emir es un otro de la cultura uruguaya. No quiero decir que sea el otro. Teóricamente, una cultura que se acepta como “crítica” en un momento histórico dado, los años sesenta y desde ahí sin que yo tenga conocimiento de una borradura del bautismo, está predispuesta a lidiar con otros, a negociar con otros, a enfrentarlos o negarlos y, cosa difícil, a aceptarlos. Emir es un otro de la cultura uruguaya por una especie de contagio: conocí a Emir Rodríguez Monegal por Haroldo de Campos. Aquí tengo –y es molesto sin poca o mucha falsa humildad– que hablar mí. Pero el periplo empieza ahí. En 1976 fui a São Paulo a conocer a Haroldo de Campos. Le había enviado un libro de poemas al que Haroldo atendió. Sin creerlo mucho –y sobre todo sin pensarlo– previo anuncio me presenté una mañana en Rua Andrade. Entre todo lo que dije y lo que dijo Haroldo una figura de la escritura uruguaya aparecía y desaparecía una y otra vez: Emir. En Haroldo con un conocimiento verdadero de Emir. Yo lo conocía superficialmente, con noticias medio minadas por las versiones canónicas de la izquierda uruguaya que lo veía como una especie de mancha cultural difícil de quitar por el desempeño de Emir al frente de *Mundo Nuevo*, por su amistad con Octavio Paz y Vuelta –y antes Plural. Eran años de dictadura militar en Uruguay y ese prisma tiene un mirar cargado. Además de la envidia y las mentalidades de campanario que me recuerdan aquí, más que a un “Yo nací en Jacinto Vera/qué barrio Jacinto Vera” (Falco), a un “Mejor será no retornar al pueblo/ al Edén subvertido que se calla/ en la fulguración de la metralla” (López Velarde). En un ahora en crisis civilizatoria y pandémica desde hace dos años, en pleno capitalismo cristalizado que pelea hegemonía entre rivales dignos de toda distancia preventiva –uno por su pasado obamista, otro por su carcajada macabra de modelo productivo depredador en nombre de un Partido Comunista–, una Cuba represiva de toda oposición en nombre de lejanas glorias –Cuba, la ejemplar de índice mortífero de la mano de Casa



de las Américas–, hablar de “reaccionarios” o “agentes de la CIA” al señalar a intelectuales como Emir Rodríguez Monegal, Guerra Fría cultural –todo junto y mezclado– resulta, por lo menos, grotesco, ridículo o, del otro lado radical de la belleza, simplemente siniestro. O no alejarse demasiado de una cultura que confundió crítica con sentencia y otro con el mismo –para no salir de Borges.

Yo leí a Emir Rodríguez Monegal guiado por Haroldo de Campos. Y fue ahí que me encontré con otro intelectual uruguayo. Y creo que eso fue así porque Emir había salido de Uruguay, se había ido. Y para encontrarse con Emir hay que salirse también, sin que salirse fuera algo extraño en una cultura que, en un lado oculto, tiene una puerta abierta hacia ese *afuera* que de manera permanente está aguardando en este “mundo de expulsados” –como dice Saskia Sassen– desde los años dictatoriales de manera muy pronunciada, primero por motivos obviamente políticos, luego por motivos económicos. Por lo que sé la situación cultural no es la misma hoy que en la década de los setenta o que en la década anterior. Mi experiencia personal de salido no se ha encontrado desde que estoy afuera de Uruguay con una sociedad cultural rastreadora de desertores o abandonadores de barco o carabela con su consabido nombre animal. Uruguay es uno de los países más caros de América Latina. Visitarlo es difícil. Pero su nivel de civilidad, siempre en comparación con otros países latinoamericanos, es altísimo. Y su belleza es incuestionable, su serenidad caminante sin igual en el mismo mundo referencial geográfico. Y uno no deja de ser uruguayo. O sea, melancólico. Tiene que tener un poco de suerte. Pero eso –al menos desde *Un coup de dés*– siempre.



Y Emir fue leído por mí como una *actitud crítica* que quizás tenga mucho que ver con una posición cultural muy uruguayana. Es la repetida y permanente historia de la cultura media con base en un modelo liberal. Los intelectuales resultantes son desacralizadores del aura cultural. En Emir fue claro esto, tal vez, una vez más, porque leí a Emir bajo sugerencia de Haroldo de Campos. Aunque Haroldo inmediatamente después del “final ortodoxo” (cerca de 1962) de la Poesía Concreta y su incidencia directa en Brasil se constituyó como una figura intelectual internacional, el más internacional de los tres concretos (el mismo Haroldo, su hermano Augusto y Décio Pignatari) quizás por su relación con la Academia y con el rango que se gana de poeta-pensador –cosa que sí era como lo era Octavio Paz– nunca perdió ese espíritu rebelde que si no lo otorga la práctica crítica por contagio de la teoría a la práctica vital no lo otorga nada, desaparecido todo prestigio vitalista bohemio. Haroldo siguió con su espíritu de vanguardia y eso “dialogaba” con ese “espíritu mayor” del intelecto de Emir metido en “posición menor”. Eso da una crítica al encumbramiento del intelecto como capital real o no da tampoco absolutamente nada. Eso creo que Emir lo vio en los integrantes del *boom* de la narrativa latinoamericano, esa actitud desacralizadora que en realidad hablaba de posicionamientos de un “intelecto del sur” planeando sobre la

hegemonía eurocéntrica, pero, a la vez, negociando con esa hegemonía para ser legitimado por ella. La maestría lingüística de un ludópata como Cortázar es muy diferente al criollismo imaginario de García Márquez y muy diferente de esa especie de babelización cultural de Fuentes. Ni que decir que el gótico Donoso se integra bien diferenciado al grupo. Pero todos –incluso los ausentes de la avanzada boomista como Rulfo y Onetti o Guimaraes Rosa ya en lengua vecina, lo que daría en su posibilidad mestiza una historia muy distinta a la que ocurrió– tenían esa complicidad de críticos del aura intelectual (exceptúo a Vargas Llosa que capitalizó esa *diferencia* nada simbólicamente sino de manera muy real, una diferencia que le fue útil para criticar el Nóbel a Dylan –para mí uno de los mejores premios otorgados por esa institución luego del ya legendario premio a Beckett). A Emir le gustaba eso, la des-auratización del intelectual que tenían los integrantes del *boom*. Emir era, aparte de su excepcionalidad crítica, un crítico de costumbres pero no sociales sino intelectuales. Y eso era lo que me gustaba de la crítica de Emir, aunque nunca, ni con Emir por delante, pude con el *boom*. Emir tenía esa cosa lateral, de paratexto de sí mismo –autoparodia sería en la medida en que la parodia siga siendo un “canto paralelo”– que le daba una tonalidad muy diferente a su escritura. Y cuando leí su *Lautréamont austral*, escrito en colaboración con Leyla Perrone-Moisés, me di cuenta que intuía algo real. Emir salió a buscar ese otro que está inscrito en la cultura uruguaya y que hay que escribirlo afuera. Cuando lo vi leer a ese Gran Otro de la cultura uruguaya –el otro es Jules Laforgue–, el Conde de Lautréamont (valga mucho la paronomasia nominal), entonces me encontré con realmente Emir, *Lautre-mon-egal*.



La última vez que vi a Emir cenó en mi casa en México. Leonora era chiquita pero enormemente seductora porque hablaba como una adulta (cuando los niños chicos hablan como adultos, no una cosa monstruosa) y el Poder adulto ante ese *infans* que no solo se niega a hablar, sino que habla para que la escuches, se queda perplejo. Emir quedó fascinado. Después de esa noche no volví a verlo. Aquella vez decidí dedicarle un poema que le había gustado mucho. Pero no voy a decir cuál.

